

—¡Socorro! ¡La guardia, socorro! gritaron asustadas las dos damas.

—¡Señora, por piedad, no me perdais! exclamó el caballero, que se hallaba, en efecto, bajo el lecho real.

—¡El conde de Chastelard! exclamó María al conocer al culpable; y luego, haciendo un esfuerzo para reprimir la risa que le venía á los labios, le preguntó con fingida severidad:

—¿Qué haceis aquí?

El conde no respondió, pero la miró de una manera que era la contestacion más elocuente.

¡Hablad! prosiguió la reina; ¿por qué os habeis ocultado bajo mi lecho?

El conde siguió callando; pero harto bien leyó en los hermosos ojos de la reina que había adivinado ésta la causa de su desafuero.

—¡Salid de aquí! continuó María; y estad cierto de que no os entrego á un tribunal que os juzgue severamente, porque recuerdo que érais un buen servidor de mi primer esposo.

Dicho esto le volvió la espalda.

—A la verdad, dijeron las damas al salir, que es indecente esta clemencia; Chastelard será el sucesor del músico: ¿cómo no se le ocurre á S. M. que dejando impune su atrevimiento puede cometer el mismo desacato otra vez?

—Se le ocurre, afirmó la otra dama en tono doctoral; pero ¿qué quereis? el conde es hermoso, jóven,

amable... si fuera viejo y feo, hoy quedaria colgado de una horca.

XXV.

Algunos dias despues de aquella escena, bastante escandalosa por cierto, María dió á luz un hijo, al que se le puso en la pila bautismal el nombre de Jacobo, que era el de su abuelo el buen rey Jacobo V, padre de María.

El nacimiento de aquel príncipe produjo efectos muy diversos.

La reina de Inglaterra sintió clavarse en su corazon, con más fuerza que nunca, el aguijon de la envidia y exclamó, en un raptó de furor:

—¡María es madre, y yo soy sólo la seca rama de un tronco estéril!

Alguna persona de su confianza le hizo observar respetuosamente que debía casarse y que tambien tendría los placeres de la maternidad; pero aquella extraña mujer respondió:

—¡Jamás! No tendré nunca otros amores que mi reino, ni más hijos que mis vasallos.

No obstante, considerando el despecho que le causó el nacimiento del príncipe de Escocia y la oposicion á contraer matrimonio que siempre manifestó, puede inferirse que la misma Isabel sabía

no había de tener jamás sucesion, y que, tal vez en alguna consulta secreta, la había calificado la ciencia de estéril.

Por lo que hace á María, halló tanta felicidad al verse madre, que sintió su espíritu curado de repente de aquella necesidad de amar, unida á una dolorosa melancolía que antes la había aquejado: parecióle que con la venida de su hijo el universo se poblaba de afectos para ella, y que ya no estaba sola y aislada en el mundo.

Mandó que se diese libertad al conde de Darnley al noticiarle que tenía un hijo, y exclamó:

—No quiero que en este hermoso dia sufra nadie, y ménos el padre de mi hijo.

En cuanto á los escoceses, recibieron con alegría lo mismo la libertad del padre que el nacimiento del hijo, y hubo en Edimburgo las fiestas más suntuosas que hasta allí se habían conocido.

El nacimiento del príncipe Jacobo aumentó de una manera prodigiosa los partidarios que María tenía en Inglaterra: de todas partes se pedía que se arreglase la sucesion al trono: reunióse el parlamento inglés para deliberar acerca de tan grave asunto, y pidió decididamente á Isabel que se casara, ó que nombrase sucesor para el gobierno de la nacion: mas aquella esquivó el hacerlo con la más rara habilidad, y las cosas siguieron en el mismo estado.

De repente estalló de nuevo la guerra civil: el

carácter débil de María, y la absoluta nulidad de su marido para los negocios del estado, alentaban á los revoltosos, y el pueblo pacífico y laborioso llegó á decirse, con hondo dolor, que era imposible ya para él la paz y la prosperidad, acusando á María, y con razon, de no haber dado su mano á un esposo de mejores condiciones y de más noble carácter que el débil conde Darnley.

Sin embargo, todo el partido protestante se unió á éste, y él, resentido de la venganza que su mujer había tomado, se puso á su cabeza, dando su nombre como enseña.

Los católicos se declararon por María, y Murray, agente de Isabel de Inglaterra y en otro tiempo amigo íntimo de Darnley, se presentó de nuevo en la escena, en la apariencia para mediar entre ambos esposos, y en realidad, para atizar el fuego de la sedicion.

María, temerosa de que su débil esposo se dejase someter de nuevo al ascendiente de Murray, y calculando que éste querría sumergirle de nuevo en el abismo de todos los desórdenes, se reconcilió con él y los rebeldes fueron sometidos: pero Darnley, temiendo al terrible conde de Murray, propuso á la reina hacerle asesinar.

—No me habéis jamás de esas infamias, exclamó la reina indignada: motivos he tenido para hacerlos dar la muerte á vos, y jamás he querido manchar con sangre mi reinado; la que se ha ver-

tido ha sido por vuestra mano, y vos respondereis de ella.

—Enrique comprendió que su mujer aludía al asesinato de Riccio, y la cólera penetró en su alma; pero, dominándose, respondió:

—Vos rehusais quitar de en medio á Murray, y tal vez vos y yo seremos víctimas suyas.

—No lo creo, dijo María con desden; para dar fuerza á mi partido haré volver á Escocia á todos los nobles desterrados en la anterior sedicion provocada por la Inglaterra.

—Por vuestra prima Isabel, querreis decir, observó Enrique: ¿cuándo os querreis convencer de que la reina de Inglaterra es vuestra más cruel enemiga? ¿De qué os envidia? De que quiere vuestra corona, y acaso vuestra vida.

—A la verdad, dijo María, que me cuesta mucha pena el creer todo lo que es vil y bajo. ¿Por qué me ha de odiar Isabel?

—Porque sois bella y amada; porque ambiciona vuestro reino, y se atreverá á todo porque os ve sin apoyo, sabiendo el poco aprecio que haceis de mí.

—Enrique, dijo la reina tendiendo la mano á su marido; yo no pedía al cielo otra cosa sino hallaros digno de mi amor; ¿por qué no lo habeis sido? Ahora que nuestro hijo es una prenda de amor entre los dos, ¿por qué no procurais serlo?

—Yo os amo, observó tímidamente Enrique; y porque os amo, temo á Isabel y á Murray, su con-

fidente y nuestro enemigo; mas ¿vos sois sincera al decir que deseais que vivamos en una dulce y verdadera union? No puedo creerlo; acordaos del pasado y del presente.

—¿Qué hay en el presente que nos separe? preguntó la reina.

—¿No reparais en los extremos de ese frances, que se ocupa sólo en probaros que os ama desde que llegó á Escocia con vos?

—¿En Chastelard?

—En el mismo.

—Por cierto, dijo María, que ese pobre loco no merece ni aun que nos ocupemos de él; mas yo os prometo poner una valla á sus tonterías á la primera ocasion.

María y Enrique se separaron, conformes por entonces; mas entre dos caracteres tan débiles, ni podía haber solidez en los pactos, ni duracion en los sentimientos; ninguno de los dos estimaba al otro; á la primera ocasion, Enrique insistió en la necesidad de dar muerte á Murray con sigilo y prudencia, y María se negó otra vez á semejante medida con toda la indignacion de su alma honrada y generosa.

Murray comprendió fácilmente las intenciones del príncipe consorte, y formó en su cabeza el plan que debía perderle.

Acaso aquellos dos hombres se estorbaban en la tierra recíprocamente; acaso Darnley lo compren-

dió así, y quería librarse del favorito de Isabel; pero, no habiéndolo logrado, tuvo que ser la víctima, en vez de ser el verdugo.

Aquella noche, al irse á meter la reina en el lecho, una de las damas que la asistían dejó escapar un agudo grito; había visto un hombre bajo de aquél.

—Señor de Chastelard, dijo la reina con una severidad que en el fondo de su alma no sentía; esta es la última locura vuestra que tendré que soportar; mañana un tribunal os juzgará como reo de lesa majestad.

—Si yo hubiera sabido que las muestras de mis amores enojaban, las hubiera suprimido, observó el enamorado jóven, y me hubiera obligado á ello más el temor de vuestro desagrado que el del castigo; pero me habeis dado repetidas pruebas de que no os era aborrecible, y he deseado ser amado.

—¡Basta! exclamó María, encolerizada de que le echasen en cara sus coqueterías; ¡salid de mi cámara sin proferir una palabra más!

Un tribunal juzgó, en efecto, á Chastelard, y le condenó á ser decapitado. María, aunque lo preveía, lloró mucho al saber la sentencia, y exclamó:

—¡Está decretado por el cielo que todos los hombres que me amen tengan un fin trágico!

El conde de Chastelard murió como un héroe de novela; al subir al cadalso se volvió hacia palacio y exclamó:

—¡Adios, la más bella y más cruel de todas las princesas del mundo! ¡Adios!

Espiró con el nombre de María entre los labios, y aquella muerte, así como el motivo que la había producido adquirió tal tinte de ridículo, que en Francia sirvió de risa durante mucho tiempo; tan extraño es, en efecto, que un hombre se atreva á las demasías de Chastelard si una mujer no da lugar á ello con sus coqueterías; y tan extraño fué que se diese una muerte pública á un loco de amor, en vez de haberle impuesto un castigo secreto, aunque fuese tan severo como el que sufrió el desdichado Chastelard.

XXVI.

El honor de la mujer se empaña con la misma facilidad que el cristal; el de la reina de Escocia, ya muy maltratado, quedó en el estado más deplorable despues del juicio y muerte de Chastelard.

La primera vez que se ocultó en la alcoba de la reina lo supieron muchas personas; mas el juicio público puso de manifiesto la audaz repetición de un delito, más deshonoroso para la mujer por quien se comete que para el mismo ofensor.

Creyéronse muchos autorizados para pretender llamar la atención de la reina, pues la majestad de

la corona, una vez empañada, nunca recobra ya su augusta limpidez; y entre ellos, el más osado fué uno de los nobles desterrados que María hizo volver, según dijo á su esposo, con el fin de fortalecer su partido.

Aquel personaje tenía una figura arrogante, una imaginación de fuego y un orgullo desmedido: llamábase Jacobo Hepburn, conde de Bothvel; y animado por el desdoro con que se hablaba de los amores de la reina, se dijo que le sería fácil llegar á sustituir al desgraciado David Riccio en el ánimo de la joven y bella soberana.

En efecto, fué así; María se apasionó vivamente de aquel gran señor, cuya sola vista inspiraba respeto y admiración; Murray, que era el que había inspirado al antiguo desterrado el deseo de obtener el afecto de la reina, le persuadió de que podría aspirar al trono, mediante la muerte del esposo de la reina, Enrique Darnley, al que temía desde hacía tiempo.

—Yo no amo á la reina lo bastante para hacerme reo del asesinato de su marido, dijo Bothvel á Murray; amo á otra mujer en Inglaterra, á la que he conocido durante mi destierro.

—¿Y no os parece muy bella vuestra soberana?

—Me lo parece más la que yo amo.

—¿Tampoco os parece bello el trono?

—Escuchad, conde, dijo Bothvel; no os oculto que soy ambicioso; tenía una fortuna mediana, que

he gastado; hoy me hallo muy pobre, pero no tengo ningún deseo de verter sangre inocente; he comprendido que el príncipe consorte y vos os odiais de muerte, y que uno de los dos debe caer ante el otro; matad vos, ya que os estorba, y ya que él trata también de aniquilaros; en vos, el crimen está justificado; en mí no tiene excusa alguna.

—Por aquella vez los dos condes se separaron sin hablar más palabra; pero la idea de ocupar el trono de Escocia, que como mala semilla había arrojado Murray en el alma ardiente del conde de Bothvel, debía producir sus frutos; aquella idea no se separaba de su mente un sólo instante.

María, con su carácter imprudente, con la impetuosidad de su imaginación, se encargó de allanar los obstáculos que al ambicioso se le presentaban; su afición hacia él crecía cada día, y daba de ello pruebas tan claras, que ya nadie dudaba de ella.

Enrique Darnley cayó, al ver aquel nuevo extravío de su esposa, peligrosamente enfermo; y el honrado pero rudo pueblo escocés, uniéndose la nueva pasión de la reina con la dolencia de su esposo, empezó á pronunciar la palabra *veneno* María, para acallar, no sólo el rumor público, sino su propia conciencia, fué á verle á Glasgow, donde se hallaba, le dió muestras del más vivo afecto, y le llevó consigo al palacio real de Edimburgo, que ella habitaba.

No obstante aquellas muestras de interés, que

eran sinceras, la más cruel desconfianza había penetrado en el alma del desventurado príncipe; temía, como el pueblo, estar envenenado y que siguiesen administrándole el tósigo; no comía, ni quería tomar ninguna medicina, y cediendo al fin á las instancias de sus amigos y á su propio terror, se hizo trasladar á una casa aislada en medio del campo y á algunas leguas de Edimburgo.

María sintió amargamente aquella decision; su corazon y su orgullo estaban heridos á la vez; profesaba afecto sincero al padre de su hijo, á pesar de las cualidades negativas de su carácter, y á la vez veía que el pueblo acudía en grandes masas á la puerta de la aislada casita adonde se había retirado; era aquello una acusacion á ella y una muestra de simpatía al enfermo; á pesar de la distancia, á pesar de que la enfermedad había tomado el carácter de fiebre contagiosa, María iba todos los dias á ver al enfermo y pasaba muchas noches á su lado; pero el príncipe permanecía meditabundo y sombrío, y su estado era cada dia más grave.

A principios de Febrero de 1567, una de las damas de la reina iba á casarse; María quiso que la boda, de la que era madrina, se celebrase en su palacio de Edimburgo, y salió ya muy tarde para la capital; el conde de Bothvel la esperaba en el camino, se acercó á ella y la habló al oido, circunstancia que fué notada por todas las personas

de la comitiva de María; ésta siguió su camino, llevando al lado á su nuevo favorito, y entró en su palacio á las nueve de la noche.

La ceremonia se llevó á cabo segun el rito católico, y cerca de las once se sentaban á la mesa para celebrar con un espléndido banquete las bodas.

El vino empezó á circular, los convidados se animaron, y la reina mostraba tambien aquella alegría y cordialidad propias de su carácter expansivo y que daba tantas armas á sus enemigos cuando querían herirla.

De repente, una terrible explosion hizo temblar todo el palacio; el cristal que cubría la mesa cayó hecho pedazos; las damas se desmayaron, la reina corrió á un balcon, y los caballeros se lanzaron á la calle.

Bothvel no se hallaba en la fiesta; á la puerta del palacio se había separado de la comitiva de la reina, y no se le había vuelto á ver.

María, pálida y trémula, no decía una palabra y continuaba apoyada en la ventana, esperando la primera noticia.

Dos caballeros llegaron á toda brida; parecían, en medio de las sombras de la noche, dos espíritus infernales; tal era la rapidez vertiginosa de su carrera; echaron pie á tierra á la puerta del palacio, y llegaron adonde estaba la reina.

—¿Qué hay? preguntó ésta, que apenas podía hablar, y fijando ávidamente los ojos en uno de

los que habían llegado, que era el conde de Bothvel.

—¡Hay, señora! respondió éste; que la casa en que se hallaba su gracia ha volado.

—¿Y mi marido?

—Su cadáver ha sido hallado á alguna distancia del lugar de la catástrofe.

La reina dió un grito y cayó desmayada.

XXVII.

Los habitantes de Edimburgo quedaron horrorizados con aquella espantosa catástrofe; el pobre príncipe muerto jamás había hecho daño á nadie; descendía por línea directa de la casa real de Escocia, y ya se sabe el amor que los escoceses profesan á sus soberanos; durante el resto de la noche se oyeron algunas voces, que decían haber sido María y Bothvel los asesinos del príncipe consorte, y al amanecer aparecieron pasquines, acusándolos del mismo atentado; la valla del respeto del pueblo á su soberana estaba rota, y rota para siempre.

Pasaron algunos dias: la reina no dió muestras de un gran dolor; su frente estaba pálida, pero serena.

¿Fué ella en efecto quien ordenó la muerte de su marido?

Es un secreto que sólo Dios conoce, y que ha quedado envuelto entre las sombras del más profundo misterio.

Creése, y esta es la version más fundada, que Bothvel lo ahogó en su lecho poco antes de la explosion, y que despues hizo volar la casa; pero el conde de Murray acusó á la reina de haber asesinado á su marido; algunos personajes de la córte por el contrario, echaron la culpa de aquel crimen á los condes de Murray, Morton, y Lidington.

La córte contestó á la acusacion del pueblo dando un edicto, por el que se ofrecían grandes recompensas á cualquiera que descubriese los culpables de la muerte de Enrique. Murray y sus amigos huyeron, y algunos señores, tenidos por cómplices suyos, fueron guillotizados.

Reconocióse la inocencia de María por una acta solemne; pero todos los grandes señores de Escocia pidieron que se diese sepultura al príncipe difunto con la mayor pompa y magnificencia.

Con una imprudencia sin ejemplo, María se negó á este deseo diciendo, que su esposo era reformista, y que la nacion, y ella misma, se hallaban dispensadas de las acostumbradas ceremonias; y á la vez que chocaba así con los deseos de todo el pueblo escocés, atropelló la costumbre de las reinas viudas, que ordenaba permaneciesen sin

salir de su habitacion por espacio de cuarenta días, y aun que tuviesen cerradas todas las puértas. Salió de Edimburgo, y se marchó á un sitio real.

Sordos rumores, ó un amenazante silencio, dominaban en la capital; las iras populares fermentaban en todos los pechos; la tempestad rugía ya sobre la cabeza de la reina; sus tios los Guisas, guiados, no por el interés de su sobrina, sino por el suyo propio, pues con ella perdían un poderoso apoyo, salieron secretamente de Paris y fueron á Escocia, pudiendo ver á María así que lo solicitaron, aunque era una hora muy avanzada de la noche.

—¡Os jugais la vida, y la vais á perder! exclamó el impetuoso Cardenal: ¿sabeis lo que estais haciendo?

—¿Qué hago? repuso María; ¿deberé doblegarme á todos los caprichos de ese pueblo feroz?

—¡Ese pueblo feroz os ama; quiere veros inocente, y no puede! exclamó á su vez el duque de Guisa. María, contais sólo veintisiete años, y no teneis conocimiento exacto de las cosas de la vida; no debíais, sin embargo, ser ya niña, y lo sois; no choqueis con vuestros vasallos; pensad en que la cruel y ambiciosa Isabel os acecha y os aborrece.

—Todos estais engañados, respondió la reina; mi prima me ama, y ya me he convencido de que la escuadra inglesa que veíais cuando yo vine á Escocia y que pensábais había salido para apresarme, existía sólo en vuestra imaginacion.

—Isabel os detesta porque sois jóven, bella, instruida, y sobre todo, por que sois madre; el conde de Lenox, vuestro suegro, va á pedir justicia pronta y ejemplar contra los asesinos de su hijo y señalará á Bothvel; si no quereis condenar á ese hombre á muerte, desterradle.

—¡Jamás! exclamó María; ¡el conde es inocente!

—El pueblo le señala como el asesino de vuestro esposo y os llama cómplice suyo; si os empeñais en conservarle á vuestro lado, os perdeis!

—Mis queridos tios, dijo la reina con aquella altanería que algunas veces se advertía en ella: volveos á vuestra feliz y alegre Francia, y no deseéis gobernar mi pobre Escocia; para eso basto yo.

El Cardenal y el duque de Guisa se volvieron á Francia, en efecto, seguros de que María corría á su perdicion.

Así fué: el conde de Lenox pidió justicia contra los asesinos de su hijo, y señaló como matador al conde de Bothvel; mas ningun testigo se presentó á declarar contra éste, y fué absuelto; pero los jueces declararon en secreto que le absolvian por temor á perder la vida.

Veinticuatro horas despues de publicada la sentencia de absolucion se reunió el Parlamento. María volvió á Edimburgo para abrirle, y se dió á la ceremonia toda la pompa posible, toda la magnificencia que se había rehusado al entierro de Enrique Darnley.

El pueblo vió con indignacion que el noble que llevaba en la comitiva el cetro real sobre un almohadon de terciopelo, y que debía haber sido designado por la reina, era el mismo conde de Bothvel. María caminaba bajo palio sobre las calles cubiertas de finísima arena y de verdes y frescas ramas de árboles; pero ninguna mano deshojó las perfumadas rosas y las blancas azucenas á su paso, como antes sucedía: ni una aclamacion la saludó, ni una mirada de amor la acarició á su paso, al ver á Bothvel; el pueblo volvía la vista con disgusto y horror, y la reina pasó, por medio de las filas silenciosas del pueblo, pálida y altiva, llegando á sentarse bajo el dosel con el corazon oprimido y el alma llena de tristeza.

Sentada ya, Bothvel dobló su rodilla y la presentó el cetro, signo del poder supremo: tomóle ella y le levantó, declarando abierta la sesion con este sólo movimiento.

El conde, objeto de horror no sólo para el pueblo sino para la Cámara, se colocó á la derecha del trono; cruzó los brazos sobre el pecho con ademan de desafío, y midió á toda la asamblea con una mirada despreciativa.

Aquella sesion tenía por objeto el establecer rigurosas penas contra los autores de pasquines infamantes, y, terminada, la reina abandonó la Cámara con el mismo silencio con que había entrado en ella.

Un año despues, la reina dió su mano públicamente al conde de Bothvel, casándose con él, segun el rito católico, en la capilla de su palacio.

El hecho era de tal suerte monstruoso é incomprendible, que se dijo, por los que aun la amaban, había sido violentada; que Bothvel la había robado y conducido á un castillo aislado, donde con amenazas la había obligado á darle su mano; pero semejantes suposiciones son imposibles; tratándose de una reina no se pueden ejercer semejantes violencias, y es además evidente que se casó en Edimburgo.

María Estuardo, esposa de Bothvel, fué desde aquel instante su cómplice en el asesinato del conde de Darnley; por todas partes estallaron gritos de indignacion, y una parte de la Escocia se sublevó contra la reina.

Los más fieles permanecieron mudos é impasibles, sin quererla ayudar, diciendo que era obligacion de su marido, y dejaron á los rebeldes seguir sus intentos. Lord Hume, á la cabeza de ochocientos caballos, se dirigió al castillo real donde María pasaba la luna de miel, con la resolucion de hacer prisionera á la reina y de matar á su nuevo esposo: advertidos á tiempo, huyeron á Dumbar, refugio ya en otro tiempo de María y de Darnley: las angustias del miedo, el arrepentimiento y el dolor se apoderaron del ánimo de María, y empezó á comprender, aunque tarde, que

había cometido gravísimas y ya irremediables imprudencias.

XXVI.

El conde de Bothvel era hombre de no vulgar talento ni escaso valor: comprendió los compromisos que había contraído al adherirse al destino de la débil María, y, bien que no la amase mucho, pues aquel hombre culpable y desgraciado sólo estimaba lo que era verdaderamente grande, y aunque el trono que había ambicionado se convirtió para él en instrumento de tortura, es lo positivo que no desatendió ninguno de los terribles deberes en que lo había arrojado el odio y la execración del pueblo á quien había querido regir.

Con el ojo certero de una alma fuerte midió su situación, y se dijo que era en vano esperar días de ventura y de goces; que no tenía otra alternativa que sostener su sitio mientras pudiera, y después morir ó huir á tierra extranjera.

Hizo observar á la reina que la vida de ambos dependía de someter á los rebeldes, y reuniendo algunas tropas, marchó hacia donde se hallaba Lord Hume con sus fuerzas.

Bothvel, á la cabeza de aquellas tropas, hubiera reanimado el valor más abatido; alegre, cor-

dial, generoso, animaba él mismo á los soldados; pero las filas de los rebeldes se habían engrosado cada día, y á pesar de su valor fué derrotado en Carberrey.

Desde allí escribió á la reina algunas palabras, cuyo sentido era este:

«He sido derrotado y han perecido todos los que me seguían: entrad en negociaciones con los rebeldes, pues yo no puedo auxiliaros.»

La reina siguió este consejo: recibió de los confederados algunas promesas muy vagas; pero viéndose sola, aislada y sin recursos, hubo de fingir que se fiaba en ellos, y se dejó conducir á Edimburgo.

¡Qué horrible aspecto halló en la ciudad! La muchedumbre se agitaba en olas irritadas y la abrumaba con soeces injurias.

María, pálida, desfallecida, buscaba en vano un semblante amigo: de repente sus ojos cayeron sobre una bandera en la cual estaba pintado el asesinato de Darnley: el que le estrangulaba era Bothvel, el actual esposo de la reina: ésta separó sus ojos con horror, y la angustia estancó el llanto en sus ojos; se vió perdida, y elevó al cielo el corazón y los ojos, ya que tanto dolor veía en la tierra.

—¿Adónde me conducís? exclamó al ver que pasaban por palacio y no entraban en él.

—Al castillo de Lochlerin, respondió Lord Hume, que cabalgaba á su lado.

—¿Voy allí en calidad de prisionera?

—Sí, señora.

—¡Dios mío! ¿Osais atentar á mi persona y á mi libertad?

—Se os devolverá si accedeis á lo que deseamos de vos; no queremos teneros prisionera.

María guardó un triste pero altivo silencio: al bajar del caballo que había montado en el trayecto, estaba entumida de frío y abrumada de fatiga: el castillo era grande y sombrío: una anciana, vestida de negro y de aspecto tétrico, salió á recibirla.

—¿Quién sois, señora? preguntó la reina, estremeciéndose á la vista de aquella melancólica y dura fisonomía.

—Soy Lady Murray, contestó la anciana inclinándose friamente.

—¿La madre del conde?

—La misma.

La reina se estremeció. Murray era la causa de todas sus desgracias; el que había seducido y maleado la bella y suave índole de Enrique Darnley; el que había hecho asesino á Bothvel; Murvay era su ángel malo.

—Os hallais en mi casa, es decir en la de V. A., continuó Lady Murray: este castillo es de mi pertenencia, y he venido á recibiros.

La reina guardó algunos instantes de silencio; la pena, el desaliento, la angustia la ahogaban; pero ya se sabe que en aquel carácter, más blando que enérgico, más dulce que reflexivo, la conformi-

dad hallaba fácil camino, y que se doblegaba con poca resistencia.

—Conducidme donde os plazca, dijo con dulzura á Lady Murray: y vosotros, añadió, volviéndose á los que la habían acompañado, decidme ahora mismo lo que quereis de mí, para que pueda descansar despues de satisfaceros.

La anciana condesa fué abriendo algunas puertas; María y su comitiva la siguieron silenciosamente: llegaron á una sala espaciosa y deshabitada del castillo, y despues de atravesar dos ó tres antecámaras muy oscuras penetraron en un ancho y sombrío salon.

—Estas son las habitaciones de V. M., dijo la condesa haciendo una reverencia y retirándose.

María extendió al derredor suyo una mirada de espanto: aquel melancólico recinto, aquella soledad, la asustaban.

—¡Hablad! exclamó, dirigiéndose á los confederados: ¿qué deseais de mí? ¡Quiero saberlo al instante!

—Sólo anhelamos una cosa, señora, respondió Lord Hume: que deje V. M. de mirar como esposo suyo al conde de Bothvel; que se considere viuda del príncipe Enrique, y que se una á otro príncipe que sea digno de V. M. y digno de regir al pueblo escocés. Bothvel es el asesino del esposo de V. M., del primer compañero que elegisteis y que os hubiera hecho feliz.

—¡Bothvel es inocente del crimen que le imputais! exclamó María; es mi marido tambien ante Dios y los hombres, y no romperé el lazo que me une á él.

—¿Persistís en mirarle como vuestro esposo?

—¡Mil veces sí! ¡Y vosotros le aceptareis como rey de Escocia!

Una amarga sonrisa, más elocuente que la más positiva negacion, entreabrió los labios de los señores confederados.

—¡Eso jamás! dijo Lord Hume: Escocia rehusa no sólo el que ese hombre se siente en el trono de sus reyes, sino tambien el darle asilo: no podrá dormir una sola noche bajo techo escocés, y él lo sabe bien, cuando ha huido.

—¡Ha huido! exclamó espantada la reina.

Ha vuelto ha refugiarse en Dumbar despues de su derrota: con la poca gente que le quedaba se ha apoderado de algunos buques, y se ha dado á la vela para las Orcadas.

—¡Gran Dios! exclamó María palideciendo; ¿cómo me abandona?

—Por completo: olvidadle para siempre.

—¡Jamás! exclamó la reina: no os creo; pero aunque dijérais verdad, yo no le imitaría; yo le amo.

—Y yo os digo, señora, repuso Lord Hume, que me duele profundamente vuestra ceguedad: estais cautiva, y será difícil que recobréis vuestra

libertad obstinándoos así en unir á vuestro destino al matador de vuestro esposo, á un asesino, á un aventurero: creedme; el interés de los escoceses es el mismo que el de su reina: asegurándoos el trono nos ponemos al abrigo de la dominacion extranjera y del yugo que nos quieren imponer los ingleses; pero ese miserable aventurero no puede ser nuestro rey.

—Y bien, milord, dijo la reina con voz trémula de indignacion; yo os declaro que, prefiero la suerte más desgraciada al lado de mi esposo, á la más brillante prosperidad sin su compañía; sabedlo, y decidlo así á todos.

Lord Hume se inclinó friamente delante de la reina y salió de la estancia, y poco despues del castillo.

XXVII.

El conde de Bothvel se despidió para siempre de su patria; ningun amor la tenía; no había conocido en ella sino muy pocas horas dichosas, y le pareció que respiraba con libertad cuando, á bordo de un arrogante navío, se dió á la vela para las Orcadas.

Pocos meses despues se hablaba de un pirata jóven y hermoso, que inspiraba á los cruceros un